

ct

# Las casas íntimas

de  
Eugenia Pérez Tomas

*(fragmento)*

*ANÍS se muda, con ella una caja y un manojo de llaves que cambia al pasar de casa.*

#### Casa 16. ANÍS

Ese era nuestro plan, simular interés en la oferta inmobiliaria para espiar qué comen, quiénes duermen en la misma pieza o dónde ponen sus adornos las personas. Mi madre solía llevarme de paseo a las casas en alquiler. Marcaba círculos rojos en el diario igual al que busca trabajo. Esa actividad de espionaje fue mi entrenamiento semanal: hay que mirar las apariencias sin destruir. Eso era antes, cuando no tenía más de diez u once años. Ahora es diferente, cuido casas que derraman pertenencias ajenas en forma de cascada y me cubro desde los pies hasta la cabeza. Adopto con velocidad los rituales que esconden las cosas y me travisto de personalidad llevando una vida prestada. Desde cierto punto la ciudad se parece a los pueblos en la hora de la siesta. Por ejemplo, en esta casa duermen de día y casi no los veo. La última vez que almorzamos juntos fue a oscuras y exploté. Pensé muy mal de ellos, de sus palabras, sus autos y sexos. Les dije que eran unos hijos de puta cariñosos y entradores. Son bichitos de consumo, los agarró la peste y están contentos con eso. Mi madre no se acerca porque quiere sentir que es diferente. Yo cuido la casa porque es de familia y llueve, es típico en otoño. Lo del clima lo digo por hablar. Siempre es así, el medio que rodea. La abuela Lía me trata delante del resto como si fuese especial. Que soy la más linda, la más buena, la más inteligente. Da vergüenza, lo dice pensando que es objetiva. Tío Rito me dijo anarquista. Todo surge porque no creo en la propiedad privada. Él es peronista. Sobre la mesa ponemos la furia. Me tira caprichosa, lo escupo. Pido disculpas. Rito que no hace falta. Cerramos el almuerzo con un café. En la casa de abuela Lía tienen miedo de mí, dicen que me escapó como el conejo blanco de los cuentos. A Rito y a Lía no les gusta que viva en lo de extraños. No me importa, no pienso que lo común sea algo berreta.

#### Casa 17. ANÍS

Desde esta casa se ve la autopista. Leo un pasacalle que un tal le pide a un aquel que haga algo con su belleza. Es tan creíble como apoyar la oreja sobre el suelo y escuchar el movimiento de la tierra, el surgimiento del mar y los lamentos de los animales que mueren. Necesito sentenciar. Un corazón puro es una identidad a reconstruir que se posa a uno o dos pasos de mi materialidad, me pone en riesgo. Cuando digo la palabra amor mi lengua se excita. El pedazo de carne húmeda tiene deseos o pensamientos, se mueve por un impulso de pasos y pesos por minuto. Del otro lado, el vacío me contesta con la profundidad centrífuga del que no está. Me aburro más allá de la temperatura. Lo que no es mío empieza a hacerlo y lo vuelvo a tener que dejar. Abro todas las ventanas. Dejo que entre lo que sea del aire. La hora se repite, entre las dos y las cinco las casas son todas hermanas. Mi voz se pone finita como si hubiese tragado helio o silbara las palabras. Es la templanza. Mi voz no punza ni pincha. No efervesce. En la siesta mis pies corren dos pasos al costado. Soy mejor recibiendo heridos que matando enemigos. Soy una pequeña cosa. Me da gracia, soy un pájaro que brilla en la ciudad.

#### Casa 18. ANÍS

En la casa de Murra leo por primera vez en voz alta los tres libros que escribí. *Asunción artificial de las nubes*, *Los escritores que lloran* y *El miedo brilla ideal*. Su habitación apenas cargada de atención prehistórica. Murra sin expectativas mira caer el tiempo. Él es un chico de presión baja con cuerpo de montaña. Tiene reservas de fuerza y me abraza en la ola de frío. Me tapa los pies con sus

pies. No me da su nombre, para mí es Murra. Nuestra rutina es despertar y desayunar café en la cama con leche y panes. Vemos películas hasta la cena. Para dormir nos tocamos, nos pasamos del otro lado de la excitación y somos dos animales que buscan su pelaje. Nos tocamos mientras hacemos eso. A las tres o cuatro de la mañana agua por el túnel de la boca y a leer. *Asunción artificial de las nubes*, tardamos seis horas. Murra no cierra los ojos no deja de mirarme. Con *Los escritores que lloran* tardamos una hora, novela corta. Lloro cuando termino, vuelvo a empezar. Dos veces seguidas. Tardamos una hora más. El resto del tiempo Murra mira series, Anís con sombras en la ventana. La mañana que sigue es la más fría. Nos cubrimos con mantas y bufandas, solo las manos permanecen sin ropa, se calientan con tazas de café. Ponemos música, jugamos a mirarnos a los ojos sin reírnos y a escuchar la respiración en el tórax del otro. Tenemos un invierno carnal. *El miedo brilla ideal*. Escucho decir. *El miedo brilla ideal*. Está en la mesita de luz sobre una resma de hojas que le hacen de colchón. Es la historia de los adolescentes pescadores que pasan los amaneceres mirando el mar deslumbrados por los movimientos de la caña, las olas y nubes celestes. La bruma brava les ofrece berberechos que comen crudos. Los pescadores no pescan y tienen sexo en la playa. Murra lee: *La inmensidad es relieve amor palabra y coger un encuentro*. Murra dijo fin y se vistió. Besó mi frente y del pliegue del pantalón sacó un papel. Anís esto es para vos. Un papel que preferí guardar intacto. Yo me perdí y Murra se fué. La ola polar también.